

"Caras y Caretas." Buenos Aires (R.A.)
4.X.1924

Paso a San d
destinada -
1927
O.C. torru X



De FUERTEVENTURA a PARIS



E Fuerteventura a París! Parece el salto muy grande, pero ¿lo es tanto? Y ¿dónde estaba más cerca de la civilización, de la civilidad eternas e infinitas? ¿Allí en la isla árida y sedienta, a la que briza el sueño el arrullo del Atlántico africano, o aquí, en la Ciudad Luz, a la que no deja dormir en paz el traqueteo de los autos?

En medio de este afanoso trajín de París me digo a las veces lo que hace poco me decía, en una carta hermosísima, mi amigo del alma Mr. Crawford Fitch, el traductor al inglés de mi obra «Del sentimiento trágico de la vida» y que se pasó allí, en la bendita isla, cuarenta días; toda una cuaresma, acompañándome. Y es que me decía, en su inglés, esto que yo traduzco ahora aquí: «Fuerteventura! ¡Estoy casi nostálgico de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! ¡Para mí, Fuerteventura fué todo un oasis — un oasis donde mi espíritu bebió de las aguas vivificantes y salió refrescado y fortalecido para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización! No puedo decirle lo que he ganado en mi trato con usted. Me parece ver la vida desde un punto de vista diferente. Sí, creo que iba a dormirme antes de llegar a Fuerteventura, pero ahora estoy despierto de nuevo».

¿Dormirse aquí? ¿Dormirse en medio del barullo de lo que llamamos civilización? Y, sin embargo, acaso es así y todo esto no más que una pesadilla; la pesadilla de la historia que pasa. Porque hay el dulce ensueño de la historia que queda, de la historia de todos los días, de la historia que viven los buenos y nobles y pobres majoreros. (Ya recordaréis, lectores, qué se llama majoreros a los naturales de la isla de Fuerteventura, a los que yo llamaría fuerteventurosos.)

Ayer vi cerca de la gran plaza de la Concordia a dos jovencitos que bajaban por la Avenida de los Campos Elíseos montados en un camello, en un lucido y reluciente camello de lujo. Ello no era más que un deporte, pero los ojos se me fueron detrás del grupo recordando a los camellos de Fuerteventura, no de lujo y deporte, sino de pobreza y trabajo. Y también los camellos de Fuerteventura cruzan de vez en cuando, en las carreteras de la isla, con algún automóvil que va levantando polvo. Y ni se dignan volver la cabeza.

¡De Fuerteventura a París! ¡Del camello al auto! Aunque allí, en la isla, hay autos — y no pocos, pues es hoy el principal vehículo, — y aquí, en París, se ve algún que otro camello, como los del Jardín de Plantas. Y más de un *chameau*, en el sentido figurativo que se le da a esta palabra. Pero es pasar del ritmo de la marcha del camello al ritmo de la marcha del automóvil. Si es que la marcha del automóvil tiene ritmo.

¿Se mide el progreso por la velocidad? Con este correr sin tasa, con este devorar kilómetros, con este vivir en taxi, ¿no se trata de un engaño de alargamiento de la vida? Porque eso de la vida intensiva ha nacido de la desesperanza de la vida expresiva.

El camello ara el campo, tirando del arado, trilla la mies, la transporta luego al granero y hasta puede mover la muela. Y apenas si come de ella.

¡Oh, aquellas noches plácidas, junto a la mar compasiva y consoladora, viendo rielar la luna sobre las olas brizantes! La mar no es el Sena. La mar eterna, la mar que adormece nuestros ensueños.

Además, allí, en la isla, tenía noticias de la metrópoli de mi patria, del escenario de la pequeña historia bufa de la dictadura, cada ocho días, y aquí voy ansioso, día a día, a saber qué es lo que pasa en mi España. Y así no puede uno digerir las noticias, no puede digerir la historia que pasa y no queda, no se entera uno bien de nada. Porque es indudable que un diario de actualidad, de efemérides, de noticias de última hora, nos da una noción de la historia en que vivimos y de que vivimos mucho más falsa, mucho más deformada, que un buen semanario con su revista de la semana y que es aún mejor un armario. Pero el hombre del telégrafo y ahora del auto y del cine, prefiere saber pronto a saber bien, prefiere tragar a rumiar, como rumia el camello. Y así, por culpa de este atragantamiento de actualidad, de este devorar noticias, no tenemos más idea de la historia en que vivimos y de que vivimos que vendría de un cuadro, sea de Velázquez o de Rembrandt o el Ticiano, quien lo mirase a un palmo de distancia y con lupa. Porque el telégrafo al suprimir la distancia suprime la perspectiva.

Cuando allí, en la isla, me llegaban las noticias de la metrópoli, con ocho, con diez, alguna vez hasta con quince días de retraso, mi estómago mental estaba ya preparado para recibir las y digerirlas. Y luego la larga rumia de ellas. Por lo cual aquí, en París, me entero acaso de más sucesos, pero allí, en la isla, me enteraba mejor de los hechos.

Suceso, ya lo sabéis, es lo que sucede, lo que se sucede más bien, lo que pasa, mientras que hecho es lo que se hace y queda así, hecho, lo que queda. La discusión de una ley es un suceso; la ley misma discutida y votada es un hecho. ¡Y quién sabe!... Este París es enormemente más rico en sucesos que Fuerteventura, pero no creo que le supere en igual manera en riqueza de hechos permanentes.

¡Ah, mi isla inolvidable!
París, 15 de Agosto de 1924.

M I G U E L
DE UNAMUNO

UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES